

# *Vanas promesas*

Santos Juliá, El País, 19/05/1996

En política, escribió Azaña, es disparate buscar un triunfo sin límites y una desgracia para el victorioso triunfar demasiado. Vencer por escaso margen, de modo que el adversario no sólo quede en pie sino que pueda disputar con posibilidades de éxito el siguiente combate, es una bendición para la sociedad en general y, como se acaba de comprobar, para la clase política en particular. Quizá una de las más benéficas consecuencias de un triunfo apurado consista en que los vencedores pueden renunciar, sin perder la cara, a las vanas promesas que irresponsablemente pregonan en las batallas por el poder.

Los populares creyeron tener en las manos un triunfo sin límites, pero afortunadamente no triunfaron demasiado. Lo cual templó sus ánimos, les sumió en un silencio muy acogedor y les obligó a cambiar de lenguaje en cuestiones fundamentales que afectan a la estructura del Estado. Un triunfo excesivo habría extendido un clima de euforia en el que hubiera sido imposible el pacto con los nacionalistas catalanes y vascos. No haber triunfado demasiado les ha enseñado a amar a Cataluña y Euskadi y les ha facilitado la firma de un acuerdo cuyas primeras consecuencias a la vista están: la tensión se ha relajado y los profetas de catástrofes han enmudecido.

Pero, al grito de caiga quien caiga y como si quisieran compensar su renuncia al prometido cierre del proceso autonómico, los populares se aprestaron a cumplir la otra gran promesa anunciada durante la campaña electoral: reducir drásticamente la dimensión del Estado suprimiendo altos cargos y cortando el gasto público. Ya que no podían cerrar el Estado porque otros son los que guardan las llaves del gobierno, al menos lo recortarían, ofreciendo a sus electores en una semana las siete cabezas de ese temible dragón en que se ha convertido la Administración pública. Propalaron la especie de que en la Administración se tiraba el

dinero a espuertas y que existían nada menos que 5.000 o 6.000 altos cargos, fruto de un crecimiento elefantiásico derivado del clientelismo socialista, que ellos iban a suprimir de un tajo.

Cual no habrá sido su sorpresa cuando, al aterrizar en la Administración, se han percatado de las dificultades que entraña blandir las armas de un San Jorge airado y cercenar una sola de las cabezas del monstruo. Pues el Estado gasta mucho, cierto, pero más de la mitad se le va en lo social, o sea educación, sanidad, desempleo y pensiones; otra interesante porción se destina a lo que, amantes de la tradición, llaman ahora fomento, o sea inversión pública, y otra no pequeña, al sensible capítulo de la seguridad. Como nada de eso se puede tocar, los populares se han emperrado en reducir el gasto cuadrando una suma -200.000 millones, que suena como muy contundente- sin conocer los sumandos. Saben que reducirán el gasto; saben en cuánto van a reducirlo, pero andan tropezando unos con otros en la búsqueda afanosa de una víctima propiciatoria.

Y, como no acaban de encontrarla, lo único en lo que el vicepresidente primero no ha desautorizado al flamante director de la Oficina Presupuestaria -ante la risueña mirada del vicepresidente segundo y ministro del ramo, que, al parecer, nada pinta en este entierro-, es en que hay que congelar las plantillas de funcionarios y sus sueldos. Renuncian a cortar la cabeza del dragón, pero prometen mantenerlo a raya. Pues sea, pero a condición de que escriban 50 veces en la pizarra que en España el personal al servicio de las administraciones públicas sigue por debajo de la media europea y que el 40% se dedica a dar clase a niños y jóvenes y a curar a los enfermos. En resumen, que el ahorro previsto se reducirá a que docentes y sanitarios, además de jueces, policías, militares, bomberos y otras gentes con las que no hay que firmar pactos de gobernabilidad, vivirán congelados mientras dure el ajuste. Para ese viaje, la verdad, más valía no haber prometido nada.

## *Tiempos de revolución*

Santos Juliá, El País, 16/06/1996

Han tardado unas semanas, pero al fin los tenemos eufóricos. El triunfo por la mínima y la necesidad de pactar con sus enemigos de la víspera dejó a los dirigentes del Partido Popular durante dos meses sin palabra. Les vimos con el gesto contrariado y la voz queda, como todos los que atraviesan por un duro proceso de conversión interior y se ven obligados a decir hoy exactamente lo contrario de lo que dijeron ayer. Nos ahorramos por un tiempo la obscena altanería de los triunfadores. Pero, una vez asentados en el Gobierno, con sus aliados aparentemente satisfechos, con la oposición abrumada de silencio, comienzan a mostrarse tal como son. Es una cuestión de tono, de estilo. Se aprueban por decreto ciertas medidas fiscales y el responsable del asunto dice: y esto no ha hecho más que empezar. Suenan entonces aplausos del lado de la patronal, que pide más calado en la misma dirección, y los nostálgicos del neoliberalismo exultan: por fin nos dirigimos hacia la sociedad abierta y ahora sin enemigos. Los ministros conceden entrevistas sin miedo a las grandes palabras. Dice uno de ellos: las medidas tomadas son tan revolucionarias que situarán a todo el mundo al nivel de los poderosos.

Revolución: con la euforia aparece la palabra nefanda, que los socialistas borraron con lejía y estropajo de su léxico y que sólo un liberal confeso se atreve a pronunciar hoy en día. La había teorizado, con la pompa y circunstancia exigidas por la ocasión, un eminente sociólogo, Ralf Dahrendorf, cuando inmediatamente después de la caída del muro de Berlín escribió una carta a un caballero polaco para celebrar el derrumbe del comunismo y anunciar la muerte de la socialdemocracia. Reflexiones sobre la revolución en Europa, titulaba su carta, remedando audazmente la escrita dos siglos antes por Edmund Burke. No es, en efecto, de audacia de lo que carecen estos señores: desatada al fin de las trabas burocráticas impuestas por el error fatal de la

socialdemocracia, Dahrendorf veía a la sociedad liberal en vuelo hacia una expansión sin fronteras.

La revolución de Dahrendorf, como la anunciada por Rato, guardan un evidente aire de familia con la revolución conservadora proclamada por Reagan y Thatcher hace 15 años y con el repunte revolucionario protagonizado por Newt Gingrich en su "Contrato con América". La cosa consiste, con variantes según los países, en bajar impuestos, cortar el gasto público, congelar y erosionar lentamente la Seguridad Social, aumentar los gastos militares, reducir el déficit, equilibrar los presupuestos, desregularizar los salarios y el mercado laboral y debilitar a los sindicatos. Ésta es la gran revolución de fin de siglo: que el Estado se limite al aparato coercitivo: guardias, jueces y, si la tradición lo reclama, una armada imperial.

Después de poner manos a la obra, los resultados de la revolución conservadora son como para rebajar algunos grados el entusiasmo de las primeras fases. En los países que se han adentrado por la senda revolucionaria, lejos de situarse todo el mundo en el nivel de los poderosos, la desigualdad y la pobreza han aumentado. Durante los años 80 el tramo de población con ingresos más bajos del Reino Unido perdió un 14% respecto a la media. En Estados Unidos los sueldos de la nueva aristocracia tecnológica se han multiplicado en la misma medida en que descendían los salarios de los trabajadores no cualificados. Curiosamente, con la revolución ha retornado el lenguaje prerrevolucionario: desaparecen obreros y patronos y surgen por todas partes pobres y ricos.

¿Vamos aquí en la misma dirección? Parecía que no, que el toque de atención francés había rebajado la fiebre revolucionaria de nuestros conservadores. Pero no bien han comenzado a gobernar ya apuntan los signos de que no van a ser menos que sus homólogos británicos. La moda que visten es, según dicen, británica. Británica será, sí, pero de 1979.

## *De visita a La Moncloa*

Santos Juliá, El País, 23/06/1996

Vino un día el presidente de la Generalitat de visita a La Moncloa y su anfitrión tuvo que hacer luego ímprobos esfuerzos para no dar la rueda de prensa en catalán. Pasó después por allí el presidente de la patronal y al poco se anunciaron medidas fiscales tan revolucionarias que los puestos de trabajo se multiplican ya como hongos. Acertó más tarde a echar un rato en el palacete el vicepresidente de Estados Unidos y José María Aznar anunció que Cuba podía despedirse de las ayudas recibidas del Estado español.

No hay presidente que pase por La Moncloa que no se lleve, además de su ración de sonrisas, un buen pellizco, debió de pensar el de la Conferencia Episcopal Española y allá que se fue por ver si también a la Iglesia le caía algo. Como todo el mundo recuerda, la Iglesia católica de España, que se adaptó con agilidad al sistema democrático y respiró aliviada, cuando las autoridades educativas del primer gobierno socialista decidieron mantener con fondos públicos los centros privados de enseñanza, lleva clavadas dos espinas en el corazón. Una es el impuesto sobre la renta y otra la enseñanza de religión en las escuelas públicas.

De manera que, sin pérdida de tiempo, el prelado encaminó sus pasos a La Moncloa para sacarse alguna de las dos espinas. Respecto a la primera, debió de obtener alentadoras promesas porque ya andan propalando una triquiñuela para interpretar correctamente la voluntad de los contribuyentes. Los obispos tienen tan pobre opinión del pueblo de Dios que no lo creen capacitado para expresar positivamente el deseo de destinar parte de sus impuestos al pago del personal y las actividades de la Iglesia trazando la dichosa "x" con su propio bolígrafo. Una visita más a La Moncloa y el año próximo, para que ningún católico se olvide de cumplir sus obligaciones, los papeles del impuesto vendrán ya con la "x" impresa en la casilla de la Iglesia.

La segunda espina tiene, como diría Cuevas, más calado; tanto, que llega hasta las inundaciones de los años treinta del siglo pasado, cuando la quema de conventos y la desamortización. La paciencia y la prudencia que en esta materia han derrochado los ministros de Educación de los gobiernos socialistas se la han puesto los nuevos responsables del ramo por montera y cuando por fin se había encontrado la solución menos mala de todas las malas soluciones que tiene este falso problema, pretenden volver al principio, como si tal cosa: meter la religión en el currículum y obligar al resto de los escolares a cursar una disciplina alternativa.

Y eso no puede ser. Los obispos no acaban de enterarse de que en una sociedad laica y en un Estado no confesional el ámbito propio de la transmisión de la fe es la respectiva comunidad de creyentes, sea católica, protestante, judía o musulmana. La catequesis católica, que tal es el nombre auténtico de lo que la Conferencia Episcopal llama enseñanza de religión, deben impartirla los católicos en sus hogares, parroquias o escuelas y ya hacen bastante los colegios públicos con facilitar a la Iglesia su presencia en las aulas y en horas lectivas para catequizar a los chicos que lo deseen. Es lo más, y es mucho, que a una institución laica se le puede pedir. Lo que un colegio público haga con el resto de los alumnos durante la hora que cede sus aulas a los catequistas es asunto en el que la Iglesia no tiene nada que decir ni ver.

Un poco de prudencia y autoestima debía bastar para que el presidente y sus ministros y secretarios generales se limitaran a pronunciar palabras triviales inmediatamente después de recibir en La Moncloa visitas de los presidentes de este mundo y del otro. Pues ese prurito de ser más papistas que el papa y mostrarse, más que complacientes, sumisos ante esos poderes, además de extender la duda acerca de quién manda aquí, entraña el grave riesgo de que las visitas, sintiéndose tan a gusto, se hagan las remolonas y acaben por echarles de su propia casa.

## *Palos de ciego*

Santos Juliá, El País, 15/09/1996

"Ya me gustaría a mí que no hubiese ningún aumento de impuestos", dijo al iniciar sus vacaciones el presidente del Gobierno. Y zas: tabaco, alcohol, gasolina, agua, médico, recetas, seguros, carreteras, todo con su gravamen correspondiente. Podría haber seguido: ya me gustaría a mí que los nombramientos de directivos de las empresas públicas se despolitizaran y profesionalizaran. Y, como no quedaba ninguna empresa pública en la que cambiar de dirección, ya tenemos también Caja Madrid al fin profesionalizada y despolitizada. Pudo haber terminado la manifestación de sus preferencias añadiendo: ya me gustaría a mí que la Administración fuera transparente. Y dicho y hecho: proyecto de ley de Secretos Oficiales, multas a todo bicho viviente y 50 años de opacidad.

Reducir la carga fiscal de los contribuyentes, despolitizar y profesionalizar los nombramientos de directivos de empresas públicas, promover la transparencia de la Administración eran, entre otros, los contenidos del programa de Gobierno que el PP presentó a los electores. Sin duda, un partido puede gobernar renunciando a parte de lo que había prometido en momentos de furor ideológico; si no lo hiciera, labraría su ruina y quizá la del país porque las promesas formuladas en medio de las refriegas por el poder suelen ser malas consejeras para conducir a las huestes después de la batalla. Puede incluso un partido gobernar modificando alguna de sus ideas-fuerza, de las tradiciones que lo identifican y que le hacen depositario de la confianza de sus electores; si no lo hiciera, su identidad acabaría siendo la de un carcamal. Lo que no puede hacer un partido, si no quiere sembrar el desconcierto entre quienes lo votaron, es gobernar renunciando de golpe a todas sus ideas y cambiando su identidad como quien muda de chaqueta.

Porque en este caso pasa lo que pasa: que, perdido el norte, la

nave va dando tumbos. Si originales son los populares al gobernar vulnerando con particular saña sus promesas y al negar a su presidente todos los gustos, perdidos parecen cuando toman como norma de actuación la de amagar y no dar, la de desmentir por la noche que vayan a hacer lo anunciado a bombo y platillo por la mañana. Es una nueva práctica de Gobierno que nada tiene que ver, como se dice con el globo sonda, enviado para explorar el terreno, sino más bien con el palo de ciego, el que se "da a tiento y se descarga con mucha furia", como dice Covarrubias.

No, no son globos sonda, sino auténticos palos de ciego los que están propinando desde la célebre noche en la que, presa de furor, Aznar golpeó las mesas y armarios de su despacho al enterarse de lo exiguo de la victoria electoral. Nada de globos; lo que les ocurre es que han renunciado a hablar como hablaban, no saben qué lenguaje emplear y no dicen más que lo primero que se les ocurre por ver si aciertan. Las banderas que campeaban en su programa electoral, que identificaron su propuesta y que iban a servir como guía de Gobierno quedaron inservibles en sólo unas horas. Y no han encontrado la manera de sustituirlas.

No se puede gobernar sin un proyecto, sin una idea, sin saber qué se quiere y de qué instrumentos se hará uso para conseguirlo. No se puede gobernar con más "ya me gustaría a mí". Repasar hoy el programa del PP es como pasear por la nostalgia de lo que pudo haber sido un Gobierno liberal dispuesto a bajar impuestos, reducir el intervencionismo gubernamental, suprimir opacidades, profesionalizar la empresa pública, restaurar el prestigio de la Administración, revitalizar la sociedad civil. Un programa liberal, sí, señor. Pero faltaba un detalle: para gobernar como liberales hay que ser liberales. Y, definitivamente, estos señores se han empeñado en demostrar que no lo son. Ya les gustaría serlo, quién lo duda; pero les hierve la sangre cuando tienen que colocar a algún amigo al frente de una empresa. Y así van, dando palos de ciego. A lo mejor aciertan.